
El Sumario de Gonzalo Fernández de Oviedo

A Jaime García Terrés

Cada uno llama barbarie a aquello
que no es su propia costumbre.

MONTAIGNE

«Sobre los caníbales» *Ensayos*

Nacido en Madrid, en agosto de 1478, de familia hidalga, Gonzalo Fernández de Oviedo, «el primer cronista oficial de las Indias, el historiador paciente, minucioso y juicioso de la naturaleza física de América», como lo llama Antonello Gerbi¹ habría de comenzar su vida por las mismas fechas en que los Reyes Católicos iniciaban su reinado, muriendo en el año en que abdicaba Carlos V, retirándose definitivamente a Yuste, en 1557.

Su existencia y escritos habrían de coincidir, por lo tanto, con el punto de máxima expansión del poder imperial de España, y su marco histórico no sólo incluiría la finalización de la reconquista, contra los moros, el firme asentamiento de los pendones ibéricos en la península itálica, la ascensión al trono imperial de un monarca español sino también, en ámbitos distintos al europeo, con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, en la cual él participaría muy de cerca, y con el primer viaje en torno al globo.

Este cortesano madrileño del siglo XVI habría de viajar media docena de veces al Nuevo Mundo, y finalmente habría de morir allí, en Santo Domingo, donde había residido sus últimos 25 años. Sin embargo, antes de su partida a Las Indias, el 11 de abril de 1514, como veedor de las fundiciones de oro, escribano mayor de minas y del juzgado de heriar a los indios, centro de la expedición de 2.000 hombres y 22 navíos que comandaba Pedrarias a Castilla de Oro, Oviedo ya había hecho un dilatado periplo europeo que incidiría de modo definitivo en su formación.

El Dios de las tijeras

El Madrid de 1478, una mediana villa de no más de 3.000 vecinos, no lo vería mucho tiempo. A los 12 años, y en Sevilla, era paje del joven duque de Villahermosa, de

¹ ANTONELLO GERBI, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, Segunda Parte: «Gonzalo Fernández de Oviedo», p. 149-477.

su misma edad; y en 1493, mozo de cámara del príncipe Don Juan, recibiendo 8.000 maravedís anuales. Ya estaban allí presentes algunas de las preocupaciones básicas de su futura existencia: la nobleza, el dinero y, no mucho más tarde, la literatura. Su caligrafía, «acompañada y meticulosa», como la describe Juan Pérez de Tudela² habría de ser una de sus armas preferidas, ya sea como corresponsal, pleitista, procurador, escribano, historiador y memorialista, para vivir, subsistir, y perdurar.

Pero otra habilidad, también manual, sería la encargada de abrirle las puertas de las cortes europeas: su capacidad sorprendente para recortar con tijeras figuras de papel. La muerte de Don Juan, el 4 de octubre de 1497, trunca, por un momento, la carrera cortesana de Oviedo, quien viaja a Italia, en busca de mejores aires.

Génova (1499), Milán, donde conoce a Ludovico Sforza, el Moro, y a Leonardo, el pintor. Ambos se maravillan con su arte y el primero, el Duque, lo calificará, a la usanza romana, como «el Dios de las tijeras». Mantua, luego, donde entra al servicio de Isabel de Aragón, viuda del Marqués Francisco de Gonzaga, y conoce a Mantegna; Roma, donde traba relación con los Borgia: Juan, sobrino del papa Alejandro VI, y Lucrecia, «a la cual yo vi muchas veces»: tales son algunas de las etapas de su itinerario.

Erasmista y anticlerical, su peregrinación italiana parece terminar, en 1500, cuando entra el servicio de Don Fadrique, rey de Nápoles. Pero no puede disfrutar mucho tiempo del delicioso esplendor del Renacimiento italiano. Luis XII y Fernando V despojaron a Don Fadrique del trono y éste despidiéndose de su hermana, la reina viuda Doña Juana, le cede a Oviedo como guardarropas, cerrando así este sus tres años italianos en Palermo dentro del mismo ámbito nobiliario en que los había iniciado, pero sensiblemente transformado.

Era, por su formación mental, «un italiano del primer Cinquecento»³. Leía libros en toscano, que lo acompañarían toda su vida; amaba los *Triunfos* de Petrarca; conoció humanistas, pintores y escritores; se había refinado. Escribió, incluso, algún mal poema: era otro.

Un oscuro escribano madrileño

Podía volver a «mi patria», como llama a Madrid, donde ya lo tenemos en 1502 asignado por los reyes Católicos al servicio de Fernando de Aragón, duque de Calabria. No son muchas las referencias sobre su estada en España, entre su regreso de Italia y su partida al Nuevo Mundo, en 1514, pero si conviene resaltar algunas de ese oscuro período. En 1506 es nombrado «notario apostólico o secretario del consejo de la Santa Inquisición». En la primavera de 1507 se casa con Margarita de Vergara —la primera de sus tres mujeres— obteniendo, antes de terminar el año, una escribanía en Madrid.

² JUAN PÉREZ DE TUDELA, «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», estudio preliminar a su edición de la *Historia General y Natural de las Indias*, de Oviedo, Biblioteca de Autores Españoles, Tomos CXVII-CXXI, Madrid, Ediciones Atlas, 1959, p. VIII-CLXIX.

³ GERBI, *Ibid.*, p. 163.

Su mujer, en su primer parto, perdió el hijo, y sus cabellos, «que eran como una madeja de oro» se le volvieron, en aquella dura noche, «tan blancos como agora están los míos, o como es las márgenes a queste papel», según recordara Oviedo muchos años más tarde.

Será luego uno de los secretarios del Gran Capitán, Don Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Terranova, en su frustrada expedición a Italia. Esto lo dejó de nuevo en Madrid, habiendo gastado lo que no cobró y con la bolsa muy escuálida. De seguro, para reponerse de ello, obtiene los siguientes cargos, según informa Francisco Esteve Barba: «fundición e marcación, la escribanía de minas e del crimen e juzgado y el oficio del hierro de los esclavos e indios»⁴, otorgados mercedes a los buenos oficios del secretario del Consejo para Asuntos de Indias, Lope Conchillos, ahora su socio. Oficial del rey, en la expedición de Pedrarias Davila, Oviedo se embarcaba como el más amplio fiscalizador de esta empresa, que partía incitada por promesas tan halagüeñas como las que Vasco Núñez de Balboa, desde la remota Santa María la Antigua del Darien, ofrecía viendo el 25 de septiembre de 1513, el otro mar, el mar que debería conducir a las islas de la Especiería. Esta era una notable expedición en la cual, además de Oviedo, viajaban Bernal Díaz del Castillo, Hernando de Soto, Sebastián de Benalcázar, Pascual de Andagoya, Diego de Almagro, Gaspar de Espinosa. En esta ocasión las 22 naos traían algo más que delincuentes⁵. Y las riquezas del Darien, que habían llevado a Fernando V a rebautizar la región con el nombre de Castilla de Oro, eran el apetecido señuelo que la encaminaba.

Así el 12 de julio de 1514, por primera vez, Gonzalo Fernández de Oviedo la tierra americana, desembarcando en Santa Marta. Se les lee a los indios el famoso Requerimiento, y ellos, ya curados en salud por anteriores entradas de los españoles, responden con flechas «enherboladas», a causa de las cuales muere, tres días después, uno de los compañeros de Oviedo, «rabiando».

Imágenes iniciales

Oviedo, ants que fijarse en el paisaje, en los árboles y las plantas, vería, de un lado, a los indios con la piel roja por el tinte de la bija, aullando, en forma ensordecedora, y defendiéndose con macanas y flechas envenenadas. Y del otro a los españoles leyéndoles proclamas incomprensibles, agrediéndolos, y lanzándose luego a las ocupaciones habituales: cateo de minas y violación de sepulcros, guazarabas con las tribus, rancheo e incendio de los poblados, prendimiento y esclavitud o muerte para los rebeldes, y apropiación de sus mujeres. Una secuencia que no dejaría de repetirse a todo lo largo de la costa del Caribe, desde la desembocadura del Orinoco hasta el Cabo de Gracias

⁴ FRANCISCO ESTEVE BARBA, *Historiografía indiana*, Madrid-Buenos Aires, Editorial Gredos, 1964, p. 63.

⁵ Dice Gerbi, *Ibid.*, p. 390: «cuando las Indias no tenían aun fama de riquísimas, los Reyes Católicos dictaron disposiciones para poblarlas con delincuentes, dando órdenes a todos los jueces de Castilla para que «los que oviessen de sentenciar a muerte, o a cortar la mano o el pie, o a darles otra pena corporal e infame, los desterrasen para estas Indias».

a Dios. Y que se complicaría, muy pronto, con las embrolladas pugnas entre los propios conquistadores⁶.

Los pleitos de Oviedo con Pedrarias integrarían, por sí solos, un copioso volumen de torcidas intenciones, de parte y parte, pero con un incidente menor dentro de la vasta querrela de Pedrarias con Vasco Núñez de Balboa, a quien culpaba del fracaso de su expedición y a quien terminaría degollando, en 1519. Además ya Pedrarias empezaba a elucubrar el abandono de la próspera Santa María la Antigua del Darien con sus cien casas (allí tuvo Oviedo su primera residencia propia en tierra americana), quinientos españoles y mil quinientos indios, que eran esclavos domésticos o «nabories», en pos de riquezas mucho más dilatadas: las que Panamá parecía ofrecerles, en esa reiterada cadena de espejismos o «Dorados» que conforman estos primeros 50 años en que se dio la conquista del territorio americano. Sólo que a Oviedo, en esta ocasión, no le fue tan mal: en 10 meses había ganado 250.000 maravedíes. Su cargo resultaba ser también un pingüe negocio. Aún así, en la primavera de 1515, Oviedo decide regresar a España.

Interregno europeo

En 1516 ya lo tenemos en Bruselas donde delante de la serenísima princesa Margarita usa, por última vez, sus célebres tijeras, participando de nuevo en la danza de la corte. Muere el rey Fernando (23-I-1516) y se desplaza Oviedo hasta Flandes, en pos del nuevo monarca, el joven Carlos I de España. Este lo enviará a entrevistarse con el cardenal Cisneros al cual le dará cumplidas quejas del comportamiento de Pedro Arias de Avila, el aborrecido Pedrarias. Oviedo, el viejo criado de la corte era un hábil intrigante, con marcado «espíritu comercial»⁷, y en ese proceloso mar se movía como pez en el agua.

Además, no hay duda, creía en su rey y en la monarquía que éste encarnaba. Mientras asciende la estrella de Carlos, Oviedo adelanta sus *Genealogías de los Reyes de Castilla* o *Catálogo Real* y publicaría, en Valencia, en mayo de 1519, una novela de caballería⁸.

⁶ Sobre los conquistadores, en esta porción de América, la bibliografía es vastísima. Cito sólo algunos pocos libros consultados: F. A. KIRPATRICK, *Los conquistadores españoles*, Cap. IV, «El mar del Sur», Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, n.º 130, la edición: 1940. 8a: 1970, p. 39-47. DIEGO LUIS MOLINARI, *Descubrimiento y conquista de América*, Cap. VII, «Empresas, Descubrimientos, Conquistas», Buenos Aires, Eudeba, 5.ª edición: 1983, p. 125-160. PIERRE CHAUNU, *Historia de América Latina*, Cap. I, «El siglo de los conquistadores (1492-1550)», Buenos Aires, Eudeba, 8ª edición: 1976, p. 15-27 y, sobre todo, el libro de CARL ORTWIN SAUER, *Descubrimiento y dominación española del Caribe*, Caps. XI a XV, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 327-419.

⁷ GERBI, *Ibid.* p. 199.

⁸ Curiosamente Irving A. Leonard, en el estudio clásico sobre el tema —*Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición: 1979,— no cita a Oviedo ni en la bibliografía ni en el índice analítico, aun cuando en la nota 5 del capítulo II reproduce, tomado de Henry Thomas, *Spanish and Portuguese Romance of Chivalry*, 1920, «una lista muy útil de libros de caballería del siglo XVI», en la cual aparece, fechado en 1519: un *Claribalte*, sin nombre de autor. Una verdadera lástima, ya que seguramente se trata de la misma novela de Oviedo. Oviedo, conquistador e historiador de las Indias y a la vez autor de una novela de caballería: Leonard, de saberlo, le hubiera dedicado otro de sus inteligentes y amenos capítulos.